

EL ZARZO DE OBREGÓN

Luis Germán Sierra J.

Coordinador cultural Biblioteca Carlos Gaviria Díaz, Universidad de Antioquia.

Yo creo que lo más importante de todo lo que acompañó a Elkin Obregón durante su vida fue un agudo sentido del humor. Y también creo que al decir eso no estoy descubriendo nada. Aunque sí creo que su obra — como dibujante, escritor, caricaturista (obviamente) y aún como el lector apasionado que siempre fue — está signada por una seria sonrisa. Por un humor parco e irónico que lo hacía distinto a casi todos y, si se quiere, incomprensible para muchos, que lo tomaban como alguien distante, alejado de las cosas comunes y corrientes. Menos, claro está, para quienes lo conocían de verdad. Y para quienes lo leían o miraban sus trazos.

En sus dibujos, diestros y de líneas firmes (como las de su admirado Ricardo Rendón), había ante todo la gracia y la admiración de los homenajes y los reconocimientos. Ahí están sus personajes y sus referencias, amables y siempre risueñas. Acercamientos que, además de respetuosos, estaban atravesados por el conocimiento y el disfrute. Como también en sus crónicas, comentarios, columnas, poemas y autobiografías. Ya algunos de sus títulos lo decían: *Versos de amor y de los otros*; *Memorias enanas*; *Como si fuera un niño*; *Rescates*; *vejeces del cancionero colombiano*; *Caído del zarzo* y *Papeles seniles*.

Elkin Obregón no era de “tiros” ni de humor fácil. *Los invasores* (parodia de la llegada de los españoles al Nuevo Mundo), la historieta que se inventó y que milagrosamente publicaron los periódicos, y luego la Universidad de Antioquia, era, como digo arriba, humor irónico y sutil, ese que, para entenderlo cabalmente, hay que darle una pequeña vuelta. Las universidades fueron, en buena medida, sus editoras, porque ellas no le temen a la inteligencia, aunque se venda poco.

Con todo, la faceta que mejor definiría a Obregón (quien repelía las definiciones y las etiquetas) es la de lector. En su selecta y abundante biblioteca era feliz. Aparte de sus dotes de dibujante y caricaturista, y de su calidad de creador, toda su vitalidad provenía de la lectura. En ella volvía a su niñez, en ella se escondía del mundo y gozaba su espléndida soledad. La música, el cine, la literatura, los artistas que en el mundo han sido, los mejores dibujantes, las interminables conversaciones, los grandes amigos: todo cabía en su biblioteca. En el zarzo donde vivió y donde nunca se calló. ■